

pués cínicamente de haber elegido entre los prisioneros, designando para la muerte á todos los que tenían una cabeza noble, inteligente y digna; á los ancianos, porque habían obedecido á sus convicciones, á los más jóvenes, porque habían obrado por el entusiasmo que inspiran las cosas grandes.

Bien puede asegurarse: el objeto que se propusieron los conservadores con la represión de la Commune fué operar una selección al revés, como se hizo en tiempo de la Inquisición, suprimiendo los hombres culpables de una inteligencia superior, de gran pensamiento y voluntad que no se acomodaban al embrutecimiento que ha de caracterizar á los súbditos obedientes. Esa selección de las víctimas favoreció al clericalismo español, que impidió, en efecto, á sus conciudadanos pensar y obrar durante trescientos años; en Francia no pudo proseguirse con bastante método para llegar á resultados tan decisivos, pero ha tenido consecuencias muy apreciables en la evolución histórica de la generación siguiente. ¡Cuántas veces, en circunstancias graves, se ha observado que faltaban hombres! En su conjunto, si el socialismo ha cesado en su carácter generoso, ferviente y humanitario, para transformarse en un partido político dispuesto á acomodarse á las intrigas de los parlamentos, ¿no ha de buscarse una de sus causas en el hecho de haberle privado de sus mejores hombres? ¡Se le había herido en la cabeza!

Pero «nada se pierde», y si es cierto que la reacción pudo creer decapitada al fin «la hidra socialista», los acontecimientos de la Commune, aumentados por el eco, se propagaron á lo lejos en las masas profundas de los pueblos como una garantía de emancipación y libertad. En todas partes, hasta en el fondo de las prisiones rusas y de las minas de Siberia, renació la confianza en el porvenir. La historia de París proclamando la fraternidad de los hombres, tomó proporciones épicas.

Esa notable fuerza moral que posee el solo nombre de París en el conjunto de la evolución humana, y como consecuencia en el movimiento de las revoluciones, se explica, como su fuerza de atracción material, por las condiciones geográficas de su medio. De todas partes acuden las mariposas á aquel foco de luz, á riesgo de abrasarse. La convergencia de los ríos hacia el centro natural de

la cuenca del Sena es como un símbolo del movimiento que lleva á los hombres de inteligencia y de ambición hacia aquel foco de actividad. No se trata solamente de los inmigrantes que se dirigen á París como á cualquiera otra gran ciudad en busca de clientes para su comercio ó para su profesión; considerado desde ese punto de vista, París es inferior á otras aglomeraciones urbanas donde se



Cl. P. Sellier.

LA COLUMNA DE VENDOME DERRIBADA

crea más riqueza monetaria en menos tiempo; se trata principalmente de los que allí acuden atraídos por la vida intelectual, moral y artística de la ciudad, por el encanto que ejerce como persona colectiva, por la fascinación que produce. París es el país tropical, la primavera eterna de la inteligencia. Las cifras traducen ese estado de cosas, puesto que, teniendo en cuenta todas las proporciones, París es la ciudad capital que recibe mayor número de visitantes, y donde la vida se hace más intensa y más variada en sus manifestaciones.

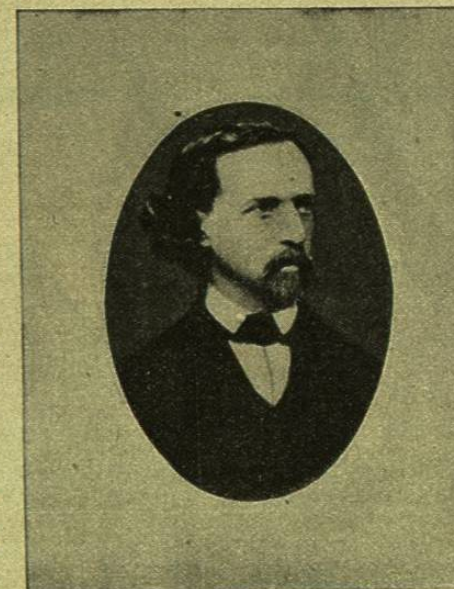
Los elementos primordiales de la población indígena presentan también, respecto de la evolución, un carácter notable de dualidad

étnica. El estudio del mapa de las Galias nos muestra los Belgas, pueblos que seguramente eran germanos ó muy germanizados, encontrándose en los valles bajos del Marne y del Oise, con los Celtas propiamente dichos: allí se unían las dos aguas, aportando cada una su carácter propio; la herencia, legado del medio anterior, producía contrastes forzosos en la mentalidad y en las energías de las diversas poblaciones que, tras siglos y siglos, trabajaban por mezclarse y confundirse en millones de familias. Esa lucha continua que se opera en las profundidades sociales, ha de manifestarse por una efervescencia mayor, por un trabajo exterior cuya fuerza, en ocasiones excepcionales, llega hasta las explosiones revolucionarias, y pueden producirse en diferente sentido, sea en dirección progresiva, sea, por el contrario, en un movimiento de regresión. He ahí por que, durante el período de la Reforma, el París de los Ligueros obraba indudablemente al servicio de la Iglesia contra el pensamiento libre: ¡qué triste contra-revolución fué la matanza de la San Bartolomé! Pero en otras circunstancias, París se halló á la cabeza de la nación francesa, combatiendo y sufriendo por la causa común de todos los pueblos. La década que lleva por excelencia el nombre de «Revolución» merece realmente ser distinguida por la ola de sentimientos y de pensamientos de que París fué entonces el porta-voz para el género humano y por la significación de los actos que en su seno se produjeron. Luego, pasada aquella gran época de que data el mundo moderno, en varios otros momentos del siglo XIX se desarrollaron acontecimientos de importancia mundial: la revolución de 1848, que repercutió en crisis secundarias en el mundo entero é inauguró, por decirlo así, la entrada oficial del socialismo en las agitaciones políticas, y la revolución de 1871, la Commune de París, que suscitó tantas esperanzas en los ánimos de los pueblos oprimidos.

Algunos días antes de la Commune, Bismarck, mirando desde la cima de una colina la ciudad de París, que acababa de capitular, la mostraba á sus cortesanos con ademán desdeñoso diciendo: «¡la bestia está muerta!» Y quizá nunca fué la acción revolucionaria de París tan poderosa en la historia de la evolución general. A partir del momento

de la proclamación de la Commune y más aún después de su terrible fin, los oprimidos de todas las naciones, conscientes de solidaridad, se sintieron verdaderamente unidos en un mismo ideal, designado por un mismo término simbólico. España, especialmente, que se hallaba en estado de revolución permanente desde la expulsión de la reina Isabel II, fué profundamente conmovida por el ejemplo de París, y cuando se proclamó la república española (1873), el movimiento general que se produjo en la mayor parte de las provincias y de los municipios tomó un carácter esencialmente comunalista. El principio de la Federación, que parece escrito sobre el mismo suelo de España, donde cada división natural de la comarca ha conservado su perfecta individualidad geográfica, pareció estar á punto de triunfar: llegó hasta ser generalmente acogido por cierto tiempo y llevó al poder á un ferviente discípulo de Proudhon, el íntegro Pí y Margall, uno de los pocos hombres á quienes el ejercicio de la autoridad no pudo corromper. Pero la centralización militar había llegado á ser demasiado poderosa para que soltara la nación, que era su presa, y se suscitó una nueva insurrección carlista que hizo necesario el ejército. Republicanos de ocasión, oradores de palabra altisonante, se prestaron á ese juego para afirmar la dominación del sable, y el día 3 de Enero de 1874, un general, seguido de sus tropas, entró en el salón de sesiones del Congreso, obligando á los diputados á retirarse. Así se instalan las monarquías.

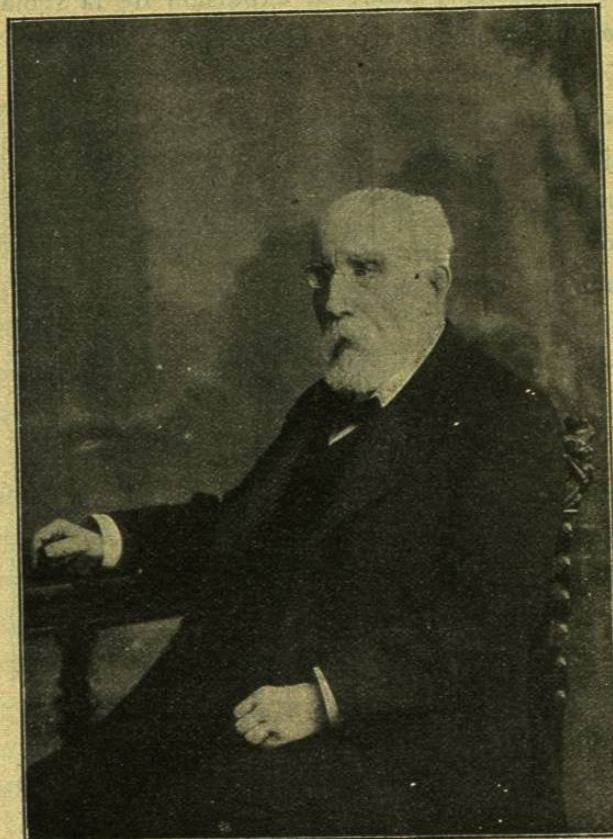
No obstante, uno de los municipios federados que había hecho surgir la revolución, la ciudad de Cartagena, se defendía aún valientemente, apoyada por la cintura de fuertes que le rodea y por los



JUAN BAUTISTA MILLIÈRE, 1817-1871

Aunque no tomó parte en la Commune, fué fusilado el 21 de Mayo en la Plaza del Panteón.

barcos de guerra de que se había apoderado. Representada por hombres más conscientes, más lógicos, más resueltos, más tenaces que la mayoría de los revolucionarios de la época, el municipio de Cartagena se aproximó mucho más que el de París al ideal de igualdad



FRANCISCO PÍ Y MARGALL

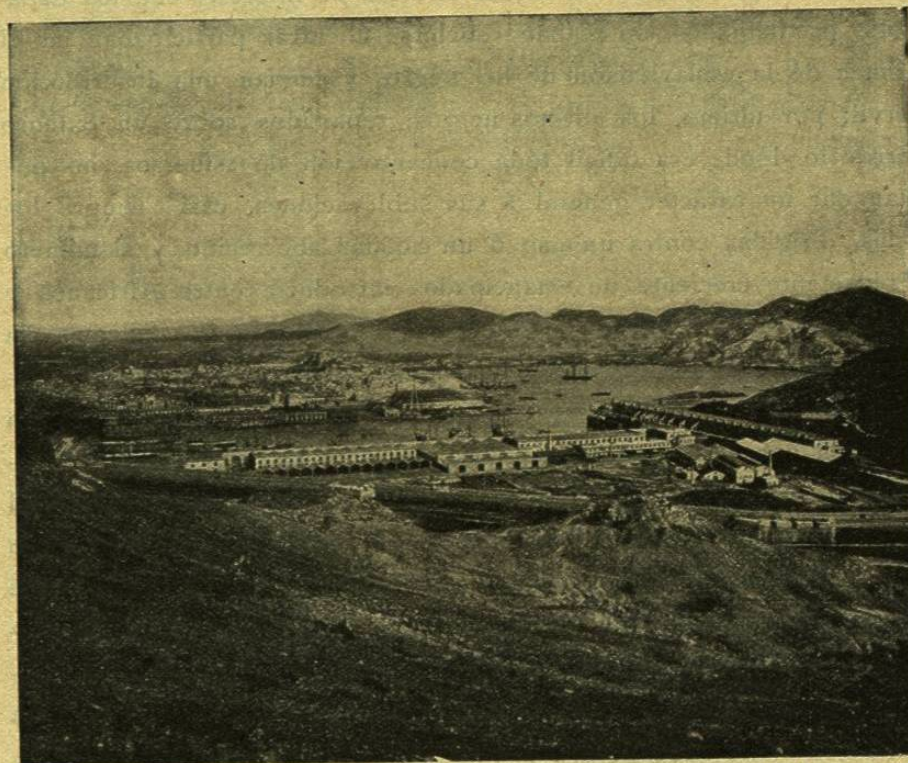
y de fraternidad entre ciudadanos y atacó con mayor franqueza los problemas sociales: durante mucho tiempo los proletarios Cartagenos recordaron sus dichosos días de trabajo y de bienestar durante el sitio. Los defensores de la ciudad tomaron muy en serio su misión: no vacilaron en libertar los mil quinientos penados del presidio (12 Julio de 1873) y confiarles la tripulación de la flota; con ellos emprendieron cruceros en pleno Mediterráneo; con ellos libraron un

combate naval contra los buques «del orden» y se presentaron ante Almería y Alicante; después, cuando capituló el fuerte de Cartagena que resistió el último, atravesaron la línea del bloqueo en el buque acorazado *La Numancia* para entregar á las autoridades francesas de Orán (12 Enero 1874) los personajes revolucionarios que la reacción triunfante hubiera fusilado.

Al terminar el año, llamado por Martínez Campos, Alfonso XII, el joven hijo de la reina Isabel, debidamente bendecido por el papa para emprender su tarea de reparación monárquica y religiosa, des-

embarcaba en Barcelona, y, más carlista que el mismo D. Carlos, ponía manos á la obra para borrar las huellas de las revoluciones que acababan de conmover España. Inmediatamente abolió el jurado, el matrimonio civil, la libertad de enseñanza, devolvió á la Iglesia y á las congregaciones los bienes eclesiásticos no vendidos, prohibió á los no católicos todo ejercicio público del culto: se acercó todo

lo posible al régimen de los buenos tiempos de la Inquisición, sin lograr á pesar de todo satisfacer á la Iglesia. En las colonias mantuvo incólumes los privilegios de los plantadores, dando satisfacción á la república de los Estados Unidos, de la cual había capturado un buque y fusilado unos ciudadanos.



CARTAGENA Y SU BAHÍA

Cl. J. Kuhn, edit.

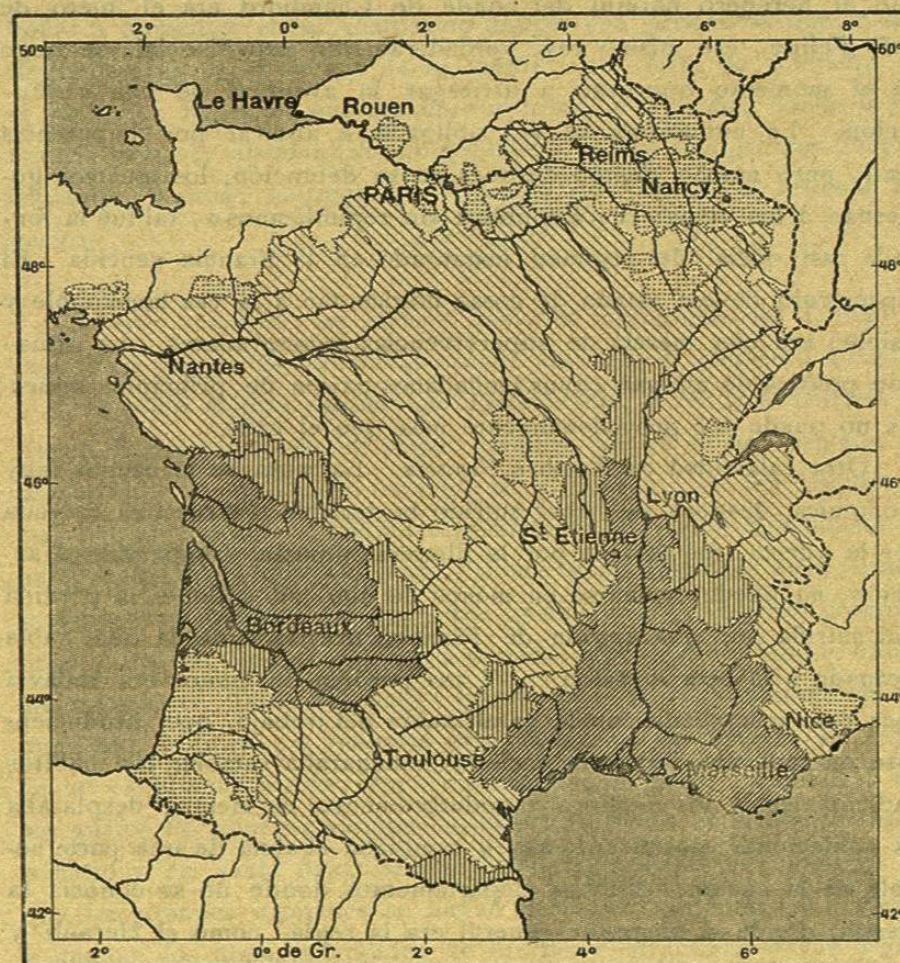
Respecto de este asunto, la monarquía española no podía esperar más que ganar tiempo, porque ningún hombre de buen sentido podía dudar del «destino manifiesto» que esperaba á las colonias antillanas. No hay duda que la población de Cuba estaba demasiado

dividida en sus intereses para que le fuera posible emanciparse de la «madre patria» mientras existieran allí negros esclavos. Los «peninsulares», es decir, los nacidos en España, mercaderes ó funcionarios, que habían ido á explotar á los habitantes de la isla, eran muy numerosos y se apoyaban desvergonzadamente sobre la guarnición. Por otra parte, los Cubanos de raza blanca ó mezclada, que se hallaban empeñados en las luchas directas de intereses con los Españoles privilegiados, no osaban rebelarse mientras participaban en el crimen de la esclavización de los negros y temían una insurrección servil; por último, los mismos negros, repartidos sobre un extenso territorio donde era difícil toda concentración de esfuerzos, no podían dar un carácter general á sus sublevaciones, casi siempre locales, dirigidas contra un amo ó un capataz aborrecido, y el número rápidamente creciente de emancipados introducía entre Africanos y Africanos, una rivalidad de intereses y de simpatías. Además, la vigilancia de la isla era fácil: los barcos podían sin dificultad bloquear los principales accesos de la costa, y la forma muy estrecha de Cuba permitía á un ejército español dominar bien todo el interior del país. Así se explicaba en cierto modo la tenacidad del gobierno español como dominador de Cuba, pero ¿qué hombre de Estado hubiera podido contar á la vez con la extinción pacífica de la esclavitud y con la constante longanimidad de los rudos y poderosísimos vecinos del Norte, los mercaderes americanos? La pérdida de Cuba, de Puerto Rico y de las islas Vírgenes, sólo era para España una cuestión de tiempo.

Como la península Ibérica, después de su ensayo de república federal, Francia, después de la Commune, se halló arrastrada por un movimiento de reacción extremada; pero, lo mismo que en España, era imposible á los gobernantes franceses ir hacia el pasado tan lejos como deseaban y como la lógica les exigía. En primer lugar no osaron restablecer la monarquía, que era precisamente su primer deber de «rurales» y de cristianos. La terrible resistencia de aquel París que odiaban, de que habían huído y que, sin embargo, les fascinaba, les llenaba de terror, viéndose obligados á prometer, á ofrecer garantías que hubiera sido difícil recusar en seguida. A lo menos, los hijos de los comunistas asesinados, viendo las cosas desde un punto

de vista elevado, pudieron atestiguar la victoria de sus padres, puesto que en la conservación de la palabra «República» había á pesar de

N.º 463. Invasión de la filoxera.
(Véase pág. 280).



Distritos fuertemente filoxerados en 1880 en 1905
 „ débilmente atacados „ „ „ „
 „ libres de la plaga. „ „ „ „

1: 7 500 000

0 100 250 500 Kil.

todo el reconocimiento de un principio nuevo, el del derecho del hombre substituyendo al derecho divino. Bien lo comprendían los fanáticos reaccionarios, pero estaban ligados é impedidos por un con-